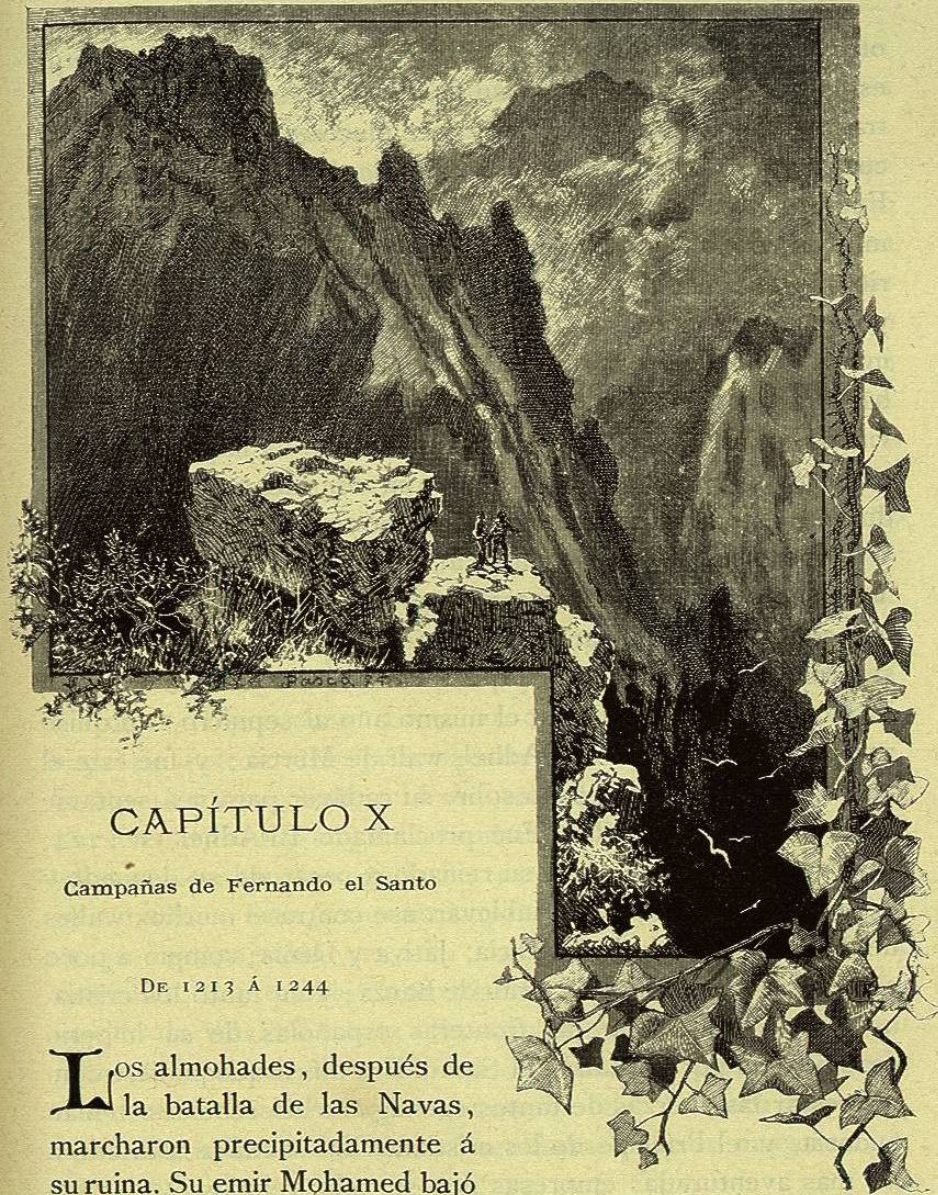
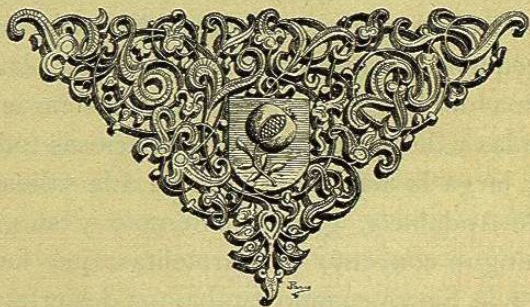


pasar muchas veces á San Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.



CAPÍTULO X

Campanas de Fernando el Santo

DE 1213 Á 1244

Los almohades, después de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodía de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos jefes, encarceló á

otros, mandó degollar á los más; y como si con la sangre de estos hubiese logrado lavar su frente y reparar su caída, pasó tranquilo al África y se sumergió en placeres impuros, entre los cuales apuró la copa de veneno que le deparó una esclava (1). Fué proclamado á su muerte su hijo El-Mostansir; mas era éste muy mozo para que pudiera sostener en sus hombros un imperio que se venía al suelo. Apoderáronse de él jeques y deudos; y repartiéndose á su antojo las provincias, las explotaron como minas de oro, las cargaron de tributos y cometieron las más bárbaras violencias en nombre de aquel débil príncipe. Las provincias, sobre todo las de España, sufrían ya impacientes tan pesado yugo; mas no sintiéndose aún con fuerzas, no pudieron durante este reinado sino ir preparando en secreto su venganza.

Muerto El-Mostansir, subió al trono Abd-el-Wahed, no menos inepto que su antecesor para detener la caída del reino que confiaron á sus manos. Ya muy anciano, no pudo resistir á sus enemigos; y los mismos que levantaron la corona sobre su cabeza le hicieron bajar en el mismo año al sepulcro. No quiso reconocerle su sobrino El-Adhel, walí de Murcia; y fué éste el que aceleró su ruina y pasó sobre su cadáver para ir á sentarse en el solio de los califas. Fué proclamado El-Adhel en 1224; pero tampoco duró mucho su reinado á pesar de su denuedo y de su indómita energía. Subleváronse contra él muchos walíes de África y el saheb de Valencia, Játiva y Denia; rompió á poco con él Cid-Abu Mohamed, walí de Baeza; y en tanto los cristianos bajaron á asolar las fronteras españolas de su imperio acaudillados por Fernando el Santo. Era difícil que pudiese contrarrestar las fuerzas de tantos enemigos: los rebeldes tenían audacia, y el Príncipe de los cristianos se sentía arrebatado á las más aventuradas empresas por su celo religioso y por sus ímpetus guerreros; disponían unos y otros de numerosas tropas,

(1) Así lo asegura Ben-Abdelhalim, según el cual, sobornada la esclava por los visires, brindó al desgraciado califa con una copa de vino envenenado.

y se hacían todos temibles. Resistióse, sin embargo, y atacó á los walíes sublevados; mas no pudo volver sus armas contra los estandartes de Castilla.

Durante el corto reinado de Enrique I, sucesor de Alfonso VIII, y aún durante los primeros años del de San Fernando, no bajaron los castellanos á Andalucía sino para correr la tierra en algarada; pero apenas éste monarca se vió libre de las guerras civiles en que estuvo envuelto al ascender al trono, empezaron una larga serie de campañas gloriosas, en las que cautivaron á Jaén y llegaron á abrirse las puertas de Córdoba y Sevilla. Acaudillados por San Fernando y los más esforzados caballeros de Castilla, entraron por el Puerto de Muradal en las provincias granadinas, talaron toda la tierra de Baeza y Úbeda, cayeron sobre Quesada, la asaltaron, la entraron, la abandonaron por estar ya medio destruída, tomaron y derribaron otros seis castillos, y llenos de despojos y de cautivos, pasaron por las riberas del Guadalquivir á Jaén, plaza que podía aún resistirles y rechazarlos de sus muros. Llevaban consigo á D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, á los ricos-hombres D. López Díaz de Haro, D. Rui González Girón y D. Alfonso Téllez, á D. Fernán Coci, maestre de Santiago, y á D. Gonzalo Ibáñez, que lo era de Calatrava; llevaban consigo la flor de la nobleza; mas no se atrevieron aún en esta primera campaña á combatir aquella ciudad de que les apartaban no sólo los numerosos torreones que la defendían, sino también la proximidad del invierno. La toma del castillo de Víboras fué su última hazaña; á pesar de los desesperados esfuerzos de sus defensores, fué aquél ganado por sólo trescientos caballeros que capitaneaba Díaz de Haro y los freiles de las órdenes militares acaudillados por sus maestros (1).

(1) La relación de las campañas de San Fernando es difícil: apenas hay dos autores que estén conformes sobre el tiempo en que se verificaron ni sobre lo que en cada una de ellas se hizo. Creemos, sin embargo, poder presentarlas con claridad tomando por base el libro *De Rebus Hispanicis*, cuyo autor fué testigo ocular de la mayor parte de los hechos que en ellas tuvieron lugar, y los Anales Toledanos segundos, escritos á medida que iban pasando los sucesos. La *Historia Gene-*

Sacaron de esta primera campaña los castellanos más gloria que aumento de dominios; pero prepararon con ella las brillantes expediciones que habían de terminar por reducir todo el imperio de los árabes al reino de Granada. Abrieron la segunda al rayar la primavera del año 1225 (1): atravesaron por segun-

ral no nos inspira mucha confianza; pero apelaremos á ella para los detalles. Menos nos la inspiran las crónicas escritas en el siglo xvii; mas nos vemos también obligados á consultarlas, por consignar tradiciones que no podemos omitir sin faltar al objeto de esta obra.

Lo contenido en el párrafo que se acaba de leer consta todo en las dos primeras obras mencionadas: «*Treugam cum arabibus noluit ultius (rex Ferdinandus) protelari. Sic exercitu congregato assistentibus sibi Roderico, pontifice toletano et aliis magnatibus regni sui per Beatiam et Ubetam vastationes exercens est Caseatam; et captis et interfectis multis militibus sarracenorum, quia castrum variis impugnationibus erat dirutum, tunc noluit retinere. Rex autem, ut diximus, occupata, per ripam Betis magni fluminis ad partes pervenit Gienni; et destructis quibusdam municionibus, urgente instantia hiemali ad propria est reversus.*» (*De reb. hisp.*, lib. 9, cap. 12.) «Fué el rey D. Fernando é el arzobispo D. Rodrigo en huest á tierra de moros en Septembr., é prisó á Quesada é VI castillos (según la *Historia General* Lacra, Tova, Pahes, Esnader, Espelui y Víboras); é salió una algará de la huest, é lidió con los Alárabes, é mataron más de mil é quinientos de ellos en el mes de October (esta algarada no puede á nuestro modo de ver referirse sino á la que hizo Haro y los maestros de las órdenes militares contra el mismo castillo de Víboras); é aduxieron muchos cativos é cativas, é viniéronse ende por la fiesta de San Martín era MCCLXII (año 1224).» (*Anal Tol.* segundos, Flórez, tom. 23, pág. 407.) Los nombres de los principales caballeros que acompañaron al rey en esta primera campaña están continuados en la *Historia Gen.* part. 4, cap. 11.

(1) Según el párrafo de los Anales Toledanos transcrito en la nota anterior, tuvo lugar la primera expedición en setiembre y octubre del año 1224: si, urgente instantia hiemali, como dice el arzobispo D. Rodrigo, tuvo que retirar el ejército á Toledo, ¿era posible que tuviese lugar otra expedición en el mismo año? He aquí por qué fijamos la segunda campaña en 1225 á pesar de lo que leemos en los mismos Anales Toledanos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa. Era MCCLXII (1224).» Esta fecha está evidentemente equivocada, máxime no habiendo sido cercada Jaén, según el arzobispo, hasta la cuarta campaña que hizo el rey. ¿Lo estaría quizás la del párrafo copiado anteriormente? No podemos creerlo. En la segunda campaña, según el mismo arzobispo, recibió San Fernando de Mohamed, rey de Baeza, esta misma ciudad, Martos y Andújar. Ahora bien: sabemos por las crónicas árabes que la proclamación de Mohamed no tuvo lugar hasta el año 1224, y que no se alió con Fernando hasta que Abu-el-Ola le hubo cercado Baeza y retirándose mediante nueva prestación de juramento de fidelidad á El-Adhel, que no había sido reconocido emir hasta 9 de marzo de aquel mismo año. Si supusiéramos que la primera campaña tuvo lugar en el último tercio del año 1223 y la segunda en el primero del 1224, ¿sería posible creer de esta segunda expedición lo que dice el arzobispo? Hay más: en una donación hecha por San Fernando á Ordoño Álvarez, y citada por Argote de Molina, se hace referencia á la presentación de Mohamed al rey y se dice: «Anno Regni sui nono, quo anno Azehid rex Baetiæ devenit vasallus Regis et osculatus est manus suas:» el año noveno del reinado de San

da vez el Puerto, bajaron á las Navas, y se apoderaron sin siquiera desnudar la espada, del alcázar de Baeza, Martos y la ciudad de Andújar. Presentóse en las Navas á San Fernando el rebelde walí de Baeza, Abu-Mohamed; y en cambio de la protección que éste le ofreció contra su enemigo El-Adhel, no sólo le entregó estas importantes plazas, sino que se hizo su vasallo (1). Ejercía ya el poder supremo sobre Baeza, Jaén y Córdoba; y temeroso de la venganza de Abu-el-Ola, á quien acababa de alejar de los muros de su capital prestando nuevamente al Adhel un juramento de fidelidad que rompió apenas se vió libre de las armas que le amenazaban, creyó que sólo con este acto humillante y vergonzoso podía salvar su vida y conservar parte del reino que había conquistado con la fama de su nobleza, el recuerdo de sus abuelos (2) y un doble perjurio con la

Fernando ¿no corresponde al 1225? (Véase á Gonzalo Arg. de Mol., *Nob. de Andalucía*, lib. 1, cap. 68.)

(1) «Post hæc autem item exercitum congregavit, et tradente eas sibi Avomahomat qui erat arabum princeps nobilis, filius Avoabdelle, filii Abdelmumi, cepit Beatiam, Andugarum atque Martos, et castrum istud nobilissimum dedit fratribus Calatravæ et destructis aliis castris et municipiis ad sua feliciter est reversus.» (*De reb. hisp.* lib. 9, cap. 12.) Decimos en el texto que sólo el alcázar de Baeza y no Baeza fué la entregada á San Fernando; y como en esto nos separamos del arzobispo, que da por entregada la ciudad misma, nos creemos obligados á explicar la causa de esta disidencia. La relación unánime de los cronistas que hemos consultado, la *Historia General*, una tradición no interrumpida, y hasta el testimonio de los escritores árabes, nos han movido á abrazar la opinión que llevamos emitida. No hay otro autor que siga en este punto al arzobispo que un cronista de San Fernando que lo copia á la letra: todos los demás están acordes en que Baeza fué tomada á hierro. Ben-Abdelhalim no sólo lo confirma, sino que se detiene algún tanto en pintar con vivos colores la barbarie con que procedieron los cristianos al entrarla por asalto. En Baeza hubo antiguamente en Santa María del Alcázar y hay ahora en San Andrés un arco en que están pintados los escudos y escritos los nombres de los caballeros que la conquistaron. Se explica aún por tradición en esta ciudad la manera cómo fué combatida, el día en que fué ganada, los lugares en que acaecieron los principales hechos, etc... ¿podemos creer que sea todo hijo de una fábula urdida por algún cronista?

La autoridad del arzobispo, sin embargo, no es posible rechazarla del todo; y he aquí por qué contra el parecer de muchos autores colocamos en esta segunda campaña la entrega del Alcázar. El arzobispo, testigo ocular de estos sucesos, como llevamos dicho, no hubiera hablado sin fundamento alguno de la entrega de una ciudad de bastante importancia.

(2) Era, según el mismo D. Rodrigo, hijo de Abu-Abdala, nieto de Abdelmumen. (V. la nota anterior.)

persona de su califa. Asistió desde entonces personalmente á su nuevo señor en casi todas las campañas, le ayudó con víveres y tropas, le hizo nuevas concesiones, y llegó al fin á hacer tanto por él, que irritados sus propios súbditos, le mataron á puñaladas y le cortaron la cabeza.

Entretuviéronse luégo los castellanos en destruir castillos y lugares y talar la tierra. Regresaron á Toledo, emprendieron otra expedición en el mismo año, tomaron á Sabiote, Xodar y Garcies, que dejaron bien defendidos y guardados, devastaron cuánto estuvo al alcance de sus armas, y satisfechos con el botín que habían recogido, volvieron al seno de sus hogares (1), que no abandonaron ya sino para otra campaña de mayores resultados (2). Tomaron de nuevo las armas entre Mayo y Junio de 1226: se apoderaron al primer ímpetu de Isnatorafe, la torre de Albrit, San Estevan y Chiclana, y se dejaron caer luégo sobre Jaén, á la que pusieron desde luégo sitio. Estaba defendida esta ciudad por buenos muros y torreones, y guardada por cincuenta mil infantes, tres mil caballos y ciento sesenta caballeros cristianos, que con D. Alvar Pérez de Castro, se habían pasado á los infieles después de las últimas discordias de Castilla; pero no vacilaron en derramar á torrentes su sangre para conquistarla. Empezaron por acometer una torre avanzada que guarnece algunas tropas árabes, la pegaron fuego y la derribaron, viendo morir sin compasión á sus enemigos, algunos de los cuales se arrojaron desde lo alto de las almenas y fueron recogidos con la mayor barbarie en la punta de las lanzas. No pudieron emprender el asalto de la ciudad como deseaban; mas

(1) «Et tertio ingresus est terram Arabum: cepit Seviot, Xodarum et Garcies, et bellatoribus obfirmavit, aliisque vastationibus peractis ad urbem reversus est Toletanam...» (*De reb. hisp.*, lug. cit.)

(2) Hemos puesto la segunda y tercera campaña en 1225, ya por haber debido ser las dos muy cortas, ya porque de otro modo deberíamos colocar la cuarta, que fué muy larga, en el año 1227, y parece más que probable, por razones que luégo aduciremos, que en 1227 tuvo lugar la quinta, en que fué tomada Capilla y ganada Baeza.

no pudiendo detener los impulsos de su ardor guerrero, se afanaban por salir de la línea que tenían establecida é ir á medir sus armas con las de los árabes. Tuvo que refrenarlos San Fernando viéndoles gastar sus fuerzas en luchas estériles; y les prohibió que saliesen de la línea; pero no bien el mismo monarca, obligado por las frecuentes salidas de los cercados, destinó quinientos caballeros para resistir á todo ataque, cuando se renovaron con mayor ardor que nunca las refriegas á brazo partido, y se vió á castellanos esforzados picando la retaguardia al enemigo hasta el pié de las torres y puertas de la plaza. Rechazaron á los árabes en la última salida que estos hicieron con tal afán y con tan gran violencia, que hasta los hubo que se metieron en la ciudad tras ellos y fueron á morir allí imprudentemente víctimas de la cólera y del furor de los vencidos. Mataron ciento ochenta moros é hicieron hasta dos mil cautivos; y no satisfechos aún con esta ventaja, quemaron á poco las haces de los campos y las parvas de las eras.

Estrecharon luégo el cerco, y fueron á sentar sus reales en un lugar muy cercano á la ciudad, llamado entonces el Fonsario. Pusieron á la otra parte en el camino de Granada á los concejos de Segovia, Avila, Cuellar y Sepúlveda, lo dispusieron todo para la pelea, y esperaron con ansiedad la hora del asalto. No quería darlo aún San Fernando; pero se quejaban todos de la demora, y hasta la atribuían á haber sido sobornados con oro los magnates y se vió obligado á mandarlo. Llenaron de improviso los fosos, abrieron brecha en las barbacanas y empezaron una lucha encarnizada. No dejaban asomar á nadie sobre el muro, y hasta los que peleaban á cuerpo cubierto caían muchas veces heridos por armas arrojadas que entraban dentro de los mismos torreones por los huecos que acababan de abrir las máquinas de guerra. No pudieron con todo resistir á las fuerzas de los cercados, muchos y muy valientes: caían sobre ellos como lluvia las flechas enemigas, y la muerte, que aclaraba por momentos sus filas, iba cubriendo el campo de ca-

dáveres. No caían sólo saetas, sino piedras disparadas con furor, á cuyos golpes murieron esforzados capitanes.

Desistieron los castellanos y cesó el combate; pero no tardó en renovarse al Mediodía de la ciudad entre los concejos y la caballería de los infieles, que cargó dos veces sobre ellos causandoles gran daño, y los hubiera quizás vencido á no haberles enviado el Rey sus tropas más aguerridas y sus mejores caballeros. Alentados entonces los concejos se arrojaron con denuedo contra el enemigo, le batieron, le pusieron en retirada, le siguieron el alcance, y acompañados con los auxiliares llegaron á meterle á lanzadas por las puertas de la plaza. Salieron vencedores y se animó todo el campo cristiano; pero no quiso San Fernando proseguir por más tiempo el cerco. Conoció cuán difícil era conquistar por hambre y aun á hierro una ciudad bien murada, bien provista y mejor guarnecida; y después de oído el consejo de los grandes, levantó los reales talando en rededor la tierra.

No retrocedió, sin embargo, San Fernando; antes bajando al Sur de Jaén, fué sobre Priego y la tomó en breve á pesar del recio alcázar que la defendía. Combatióla á los tres días, la entró y la entregó al furor de sus soldados; y partiendo luego sobre el alcázar, lo atacó con tanta violencia, que los moros se vieron obligados á capitular ofreciéndole sobre lo que había en la fortaleza ochenta mil maravedís de plata. Vencedor ya de Priego, movió la hueste para Loja; mas no llegó á ella tan pronto como pretendía. Pernocó en un valle de cerca de Alcaudete; quiso partir á media noche con Gonzalo Ruiz Girón, Garci Fernández de Villamayor y una escolta de caballeros de mesnada; erró el camino, anduvo perdido entre los montes no sin hambre y gran peligro, y no pudo dar con su ejército hasta dos días después que Loja fué cercada.

Llegó el Rey al anoecer frente los muros de esta ciudad, y apenas asomó el día, cuando, ya taladas las huertas y abrazadas las mieses, empezó el ataque, rompió las murallas, quemó

las puertas, y entrando entre llamas y escombros, pasó por la espada á cuantos no pudieron encerrarse en el castillo. Saqueada la ciudad, arremetió contra este último baluarte de los vencidos. Contentóse por de pronto con cercarlo y hacer sentir en él los horrores de la sed disputando á los sitiados el agua de una fuente que brotaba al pié de una torre; mas cansado á poco de la dilación é irritado por la veleidad de los infieles, que prometieron entregársele si les aseguraba la libertad y faltaron luego á su palabra, ordenó nuevamente el ejército y recurrió al asalto. Quisieron por segunda vez capitular los moros al ver aplicadas al muro las escalas y al oír los lamentos de sus mujeres y sus hijos; pero no quería siquiera oírlos, y sólo condescendió después de habérselo rogado con mucho ahínco los caballeros en que tenía puesta su confianza. Como empero se viese burlado otra vez por los cercados, no escuchó ya más, y ardiendo en ira, mandó entrar el castillo á viva fuerza, hizo pasarlo todo á degüello, y asoló á Loja hasta verla sepultada entre sus ruinas.

Enardecido por sus conquistas, hizo aún más el Rey: bajó hasta Alhama, villa fuerte y de buenos muros que estaba en la cumbre de una peña; cautivó y mató á los pocos que encontró en ella, la destruyó, entró en la misma Vega de Granada, derribó torres, devastó jardines y se atrevió á presentarse delante de la ciudad que había de ser dentro de poco la capital de todo un reino. No llegó á combatirla: mas á ser en este punto verdaderas las crónicas, alcanzó la entrega de mil trescientos cautivos y la reconciliación de D. Alvar Pérez de Castro, cuya espada sentía no poder contar entre las suyas. Estaba ya declarada de su parte la suerte de las armas, y recogía laureles donde quiera que ponía su planta (1).

(1) He aquí cómo refiere los sucesos de esta larga campaña el Arzobispo. «Post hæc iterum Rex Fernandus terram arabum est ingresus et cepit Eznatoraph, turrem de Albe, Setum. Stephanum et Chieranam; alia vice duxit exercitum per Giennum circa festum Scti. Joannis, quod propter sui fortitudinem non potuit expugnari et